

EDITORIAL

LOS CAMINOS DE LA UNIDAD SE HAN CONJUNTADO

El Papa Juan XXIII, al convocar el Concilio Vaticano II, dijo que deseaba la celebración de un concilio ecuménico de la Iglesia Católica "para buscar los caminos de la unidad cristiana".

Cuanta sabiduría contenía este propósito nos la ha demostrado la historia del movimiento ecuménico moderno.

A raíz de la Conferencia misionera de Edimburgo (1910), los ecumenistas no católicos se trazaron fervorosamente sus propios caminos para llegar a la unión de los cristianos. Caminos que quedaron pronto dibujados, según los afanes de los tres conocidos movimientos ecumenistas de "Evangelización", "Vida y Acción" y "Fe y Constitución".

Al principio, cada uno de estos movimientos ponía todas las esperanzas en su "propia visión". Para los misioneros no había mejor camino que el de "la evangelización" (conversión). Para los hombres del "cristianismo práctico", todo estaría conseguido en el momento que los cristianos "trabajaran juntos en acciones concretas" de tipo social, educativo, benéfico, etc. Y para los "doctrinarios" el problema se resolvería en cuanto unos y otros aclararan los puntos de dogma y estructura apostólicos.

Por su parte, paralelamente, la Iglesia Católica también tenía trazado "su propio camino", el del "retorno". Camino que proponía, repetidamente, desde los documentos magisteriales de los Pontífices Romanos, que seguían la marcha hacia la unidad con sinceridad y responsabilidad.

¿A qué, por tanto, venía Juan XXIII pidiendo un concilio "para buscar los caminos de la unidad"?

¿Es que no estaban ya trazados? ¿Es que cabría buscar otros nuevos?

Los hechos ocurridos antes y durante el Concilio Vaticano habían dado y darían la respuesta. Sí, cabía "buscar los caminos de la unidad". Más aún, cabía y era necesario "conjuntar los senderos particulares ecuménicos" y trazar el "nuevo camino común". Camino, cuya novedad procedería del interior dinamismo de la unidad, que no permitiría más la contradicción de "buscar la unidad desunidos".

La primera lección de dicho dinamismo se produjo en Amsterdam (1948), cuando los "practicistas" y los "doctrinarios" tuvieron que darse la mano y fundar el Consejo Ecuménico de las Iglesias, abandonando el aislacionismo ecuménico que se habían trazado desde la euforia y convicción del valor de su "propio camino".

La segunda lección la ofrecieron, en Nueva Dehli (1961), el Consejo Ecuménico de las Iglesias y el Consejo Internacional de Misiones, al fundirse en un solo y único organismo ecuménico.

Y la tercera lección fue dictada en el mismo Vaticano II (1962-1965), cuando fueron proclamados como caminos eficaces de la unidad: la doctrina, la acción, la oración, el diálogo, la convergencia, etc. Es decir: la necesidad de conjuntarse, en la marcha, con los hermanos no católicos.

Hoy, todos los cristianos llevan el mismo camino, porque la unidad, con su dinamismo, les ha obligado a "unirse ya en la marcha hacia la unidad".

Es bueno repetir como ya se hizo antes: "Nos hemos unido y no nos separaremos más".